

La última bocanada de Telmo

I

En el valle del Nalón, donde el cielo es una losa de pizarra que amenaza con desplomarse sobre los tejados de zinc, la familia de Telmo vivía en una casa que no era más que un suspiro de ladrillo entre dos montañas de escoria. En aquella casa, el aire no se respiraba: se masticaba. Era un aire espeso, con tropezones de antracita y un regusto a hierro oxidado que se instalaba en la lengua como un invitado que no piensa irse nunca.

Telmo era un hombre de cuarenta años que aparentaba ochenta inviernos de pura sombra. Sus pulmones ya no eran órganos, sino dos sacos de lona vieja llenos de polvo de estrellas muertas. Cada mañana, Telmo soltaba una bocanada de humo negro que se quedaba flotando sobre la cama, formando pequeñas figuras de mineros en miniatura que picaban las sábanas hasta deshacerlas. Su mujer, Adela, intentaba limpiar la casa, pero era inútil: si frotaba una silla, esta empezaba a sangrar tinta china.

Los hijos eran flores de interior: Xuan tenía una tos tan musical que los pájaros se posaban a aprender sus melodías; Pelayo tenía la piel tan transparente que se le veía el corazón parpadeando en rojo; y la pequeña Olaya lloraba aceite de lámpara, iluminando las cenas de la familia.

II

Un martes de niebla ácida, apareció el Doctor Galeno. Era un hombre que no caminaba, sino que levitaba a tres centímetros del suelo para no ensuciar sus zapatos de piel de ballena blanca. Su maletín no contenía jarabes, sino una colección de engranajes suizos y un pequeño piano de mano para diagnosticar las arritmias.

—A ver, abuela —dijo el doctor, introduciendo un termómetro que, en lugar de mercurio, tenía una pequeña oruga que cambiaba de color según el humor del paciente—. Suena usted a violonchelo desafinado.

El médico le recetó gárgaras de helio para que la tos, al menos, saliera volando por la chimenea y no se quedara en los rincones. Al examinar a Pelayo, el médico frunció el ceño:

—Este niño no tiene sangre, tiene mercurio dulce. Es una dolencia típica de los que sueñan con relojes de oro bajo tierra.

El Doctor Galeno no buscaba curar, buscaba "afinar". Con una llave inglesa de plata, ajustó las costillas de Telmo, que chirriaban como las vagonetas del pozo.

—Usted, Telmo, lo que necesita es una transfusión de luz solar líquida. Pero como la compañía ha comprado todos los rayos del sol para iluminar sus oficinas, tendremos que improvisar.

III

Desesperado y con los pulmones convertidos en dos piedras pómez, Telmo bajó al pozo. No buscaba carbón, sino el origen del silencio. A mediodía, su piqueta golpeó algo blando: una vena de carne que latía bajo la roca de Mieres. Al perforarla, un chorro de vino dulce y caliente brotó con la fuerza de un géiser. Telmo bebió hasta que sus ojos se volvieron purpúreos. Llenó sus pulmones con aquel aroma a uva que la tierra guardaba desde hacía milenios.

Corrió a casa gritando: —¡La mina nos ama! —y al abrir la boca, vomitó racimos de uvas de cristal. Adela se los dio a los niños, y al masticar, sus encías sangraron una purpurina dorada. La salud regresaba, pero de forma inquietante.

IV

El cuerpo de Telmo se transformó en un árbol gigante de ébano y vid. Sus piernas se hundieron en el suelo y sus brazos se llenaron de hojas de parra radiactivas. De su oreja derecha salía penicilina de fresa y de la izquierda, jarabe de opio.

El Doctor Galeno regresó, pero esta vez acompañado por el Ingeniero Jefe, cuyo bigote eran dos cables de cobre bajo tensión.

—¡Negligencia científica! —exclamó el doctor—. Este hombre ha privatizado la farmacia de la naturaleza sin licencia.

El Ingeniero fue más práctico:

—Este espécimen es propiedad de la mina. Sus raíces están en nuestra concesión.

Instalaron una tubería en el costado de Telmo. El Ingeniero Jefe giró la manivela principal. Pero en lugar de vino o medicina, lo que empezó a salir fue un flujo ininterrumpido de billetes de banco recién impresos, manchados con una pequeña gota de sangre en el centro.

La presión fue tal que los pulmones-fuelle de Telmo estallaron. Hubo un acorde de jazz disonante que vibró en todo el valle. La casa explotó en una nube de confeti de seda y polvo de hueso. Cuando el humo se disipó, solo quedó un gramófono de oro macizo en el centro del cráter, reproduciendo una tos infantil.

El Doctor Galeno, fascinado, se acercó para tomar el pulso al gramófono. Al tocarlo, su estetoscopio se convirtió en una serpiente de cascabel que empezó a dictarle recetas en

latín, mientras sus pies, como los del Ingeniero, se convertían en raíces de billetes de cien pesetas. El cielo de pizarra por fin se desplomó, pero no era piedra, sino plumas de ángel empapadas en petróleo que silenciaron Asturias para siempre.

Helio de Isla Verde